

El pensamiento táctil como encuentro entre el *corpus* de análisis y el cuerpo del escrito: aportes de Donna Haraway desde el feminismo posthumano

Tactile thinking as an encounter between the *corpus* of analysis and the body of the writing: Donna Haraway's contributions from posthuman feminism

NADIA MARTIN

(Argentina)

CONICET-IIAC- UNTREF

Martin.nadia@gmail.com

Recibido: 10/ 04/2021

Aceptado: 10/ 05/2021

Resumen. Mediante el ejemplo de trabajo de Donna Haraway y, desde el marco de una epistemología feminista y posthumana, en este ensayo indago en la práctica de la escritura académica para el estudio de las relaciones entre cuerpo e imagen, como instancia inherente al proceso de “objetivación” del mundo. Para precisar: en diálogo con mi campo de trabajo sobre las relaciones entre el cuerpo de la imagen y la imagen del cuerpo, abordo las relaciones entre *corpus* de análisis y cuerpo del escrito como un encuentro que ocurre en los términos de una exploración táctil. En el pensamiento táctil, la mirada que toca el cuerpo/imagen no lo reconoce, no lo identifica



ni lo descubre, porque no lo presupone: se estremece, entrando en una dinámica de ajustes y arreglos mutuos. Así pues, si el marco teórico es una modulación del tocar que hace valer *una* sensibilidad, la escritura feminista sería una estilización del con-tacto con potencia creativa.

Palabras clave: Estudios visuales; Escritura; Pensamiento táctil; Posthumanismo; Feminismo; Cuerpo.

Abstract. Using the example of Donna Haraway's work and, from the framework of a feminist and posthuman epistemology, in this essay I inquire into the practice of academic writing for the study of the relations between body and image, as an inherent instance of the process of "objectification" of the world. To be precise: in dialogue with my field of work on the relations between the body of the image and the image of the body, I approach the relations between corpus of analysis and body of writing as an encounter that occurs in terms of a tactile exploration. In tactile thinking, the gaze that touches the body/image does not recognize it, does not identify it or discover it, because it does not presuppose it: it shudders, entering into a dynamic of mutual adjustments and arrangements. Thus, if the theoretical framework is a modulation of touching that asserts a sensibility, feminist writing would be a stylization of con-tact with creative power.

Keywords: Visual studies; Writing; Tactile thinking; Posthumanism; Feminism; Body.

Pensar con otrxs¹

Compañerxs, del latín *cumpanis*, con-pan²: aquellxs con lxs que compartiría la mesa, con lxs que repartiría el pan y a lxs que confiaría las tareas del pensar y del contar historias que se despliegan en la sobremesa. Aquellxs con lxs que comparto un mismo apetito, una misma curiosidad. Aquellxs que van a deleitarse cuidadosa-

¹ [Nota del Comité Editorial]: se respeta el uso del lenguaje inclusivo elegido por la autora del artículo.

² Donna Haraway desliza esta raíz etimológica en un pasaje de *Seguir con el problema. Generar Parentesco en el Chtuluceno* (2019b, pp. 94), pero a mí me impactó fuertemente porque entiendo que desde las ondas expansivas de una idea tan concreta, sencilla y posible, se pueden releer críticamente los modos de pensar lo político y de hacer *communitas* que desarrollan lxs pensadores postfundacionalistas –en general, basadxs en una idea algo abstracta de igualdad.

mente con el *corpus* de imágenes (a las) que (nos) servimos –juntxs, “haciendo buenas migas”– y que van a acompañar las modulaciones del pensamiento que se articulan en torno a ellas nutriendo, generosamente, el despliegue del cuerpo de mis escritos. Entre mis prácticas de la escritura y el encuentro con las imágenes producida por lxs artistas que analizo, algunxs autorxs me convocan a pensar, a pensar-con ellxs. Tomo este proyecto de compañerismo del ejemplo dado por una de mis mayores compañeras, Donna Haraway, que lo sugiere y ejercita a lo largo de sus escritos (1995, 1999, 2017, 2019a, 2019b) y en sus numerosas presentaciones en eventos, donde nunca pierde la oportunidad de exhibir y agradecer los tejidos de pensamiento que enhebra con otrxs (colegas que se caracterizan por asumir las tareas del pensar, no como actos en los que se afirma la propiedad sobre las ideas, sino en los que se da la oportunidad de socializar herramientas intelectuales – como si de abrir una caja de juguetes se tratara– para tramar especulaciones sobre la realidad, para imaginar alternativas posibles). “Pensar juntxs”, afirmará Isabelle Stengers (2019: 51) es “otorgarle a la situación en la que nos encontramos el poder de hacernos sentir, pensar, imaginar”; permitir que la situación nos vuelva capaces, nos haga capaces de aquello que no sabíamos que éramos capaces.³ Nunca sólxs: no hay idea, no hay cuerpo de escritura que no se genere en el espacio creado en tal abrazo, en tal puesta en contacto, estremeciéndonos y potenciéndonos en el roce; al menos no en el plan ideológico de mi propuesta escritural, que retoma del programa intelectual de estas pensadoras y los feminismos que invocan, el hecho de que insisten en asumir una postura política y afectiva. En *Seguir con el problema* (2019), Haraway juega con sus compañerxs⁴ (Stengers misma, pero también Karen

³ Desde el campo de la filosofía de la ciencia, la propuesta feminista de Stengers (2020) insiste en la necesidad de que científicas y filósofxs se vuelvan conscientes de los condicionamientos sociales de sus prácticas y de sus efectos concretos en el mundo. Hecho que no sólo implica reconocer y comprender cómo los poderes políticos, militares y económicos, como también el contexto socio-cultural, influyen en los procesos de definición de hipótesis, métodos y estándares de validación del conocimiento, sino que también conlleva asumir la necesidad de abrir la ciencia a otros saberes de la comunidad, dejando de subordinarlos como conocimientos de segunda categoría. En este sentido, su programa apuntaría a desajustar la relación entre áreas de saber de jerarquías disímiles, para plantear la posibilidad de volvernos capaces de proyectar los alcances de las prácticas científicas y el posicionamiento ante ellas en un sentido más democrático.

⁴ En una presentación de la colectiva materia junto a Natalia Ortiz Maldonado en el marco de las VII Jornadas de Filosofía de la Cultura (2020) del Centro de Estudios de Filosofía de la Cultura,

Barad, Viciane Despret, Lynn Margulis, Ana Tsing, Úrsula Le Guin, entre otras) a las figuras de cuerdas: genera tramas, enredos, trenza ideas; e imagina las formas que se anudan en esas fibras, las siluetas que entre ellas tejen, pronunciándoles los más hermosos nombres.

Mediante el estudio de casos de la primatología, la inmunología, la ciencia ficción y la informática, entre otras, en *Ciencia, Cyborgs y Mujeres* (1995) Haraway demostró cómo las ciencias y las ficciones modernas han teorizado el mundo mediante metáforas bélicas y sistemas explicativos basados en valores de competencia, control y dominación que reafirman categorías sociales de género, raza y clase. Estas narraciones y lógicas de pensamiento, tendrían el doble aspecto de conformar y confirmar esquemas de percepción del mundo que al mismo tiempo reproducirían. Por ello, comprometida con la construcción de visiones alternativas del mundo, la autora opta por ejercitar la colaboración y el compañerismo: no sólo concibiendo la posibilidad de incorporar objetos de estudio y marcos conceptuales con un arreglo a fines emancipadores, sino también en las prácticas escriturales y los modos de relacionamiento con lxs colegas que las mismas implican.

Si Haraway siempre ha sido una experta generadora de terminologías y figuras de pensamiento que motorizan su dimensión creativa (el Cyborg, el Coyote, las criaturas Chtónicas, entre muchas otras), en sus escritos siempre se expone que sus ideas provienen-de y devienen-con otras, atraviesan cuerpos concretos en situaciones específicas, en las que practica las alianzas estratégicas y la modestia del punto de vista.⁵

Paula Fleisner se refirió a Haraway, Stengers, Wittig y otras pensadoras vinculadas, como “filósofas de compañía”. Con esta expresión, no sólo provocaba ecos con el *Manifiesto de las especies de compañía* de Haraway (2017), sino que también, en sus propias palabras, subvertía: “la idea de ‘dama de compañía’, y todo el eufemismo que puede traer aparejado, haciendo el juego de lo *queer*, de apropiarse de aquello de lo que nos acusan para inventar una tradición nueva” (transcripto del registro en video disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=CZHZLnRoSEQ>).

⁵ Un relevante análisis en torno a las controversias sobre la teoría feminista del punto de vista, se encuentra en Sandra Harding (2012). Precisiones sobre el enfoque Harawayiano, se hallan en “Conocimientos situados la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial” incluido en *Ciencia, Cyborgs y Mujeres* (1995) y en “Testigo_modesto@segundo_milenio” incluido en *La Promesa de los Monstruos* (2019a).

Recorriendo sus trazos hasta *Seguir con el Problema* (2019b) observo, entonces, un giro consumado en su prosa. En el tránsito desde sus textos de los '80 y '90 hasta el nuevo siglo, Haraway abandona la opción por la ironía porque la considera “una estrategia retórica muy peligrosa”, no aconsejable en tanto “tiene efectos sobre los lectores que no son siempre honestos” (Haraway, 2019a: 290).⁶ A su vez, tampoco escatima en reconocer los límites de sus propias contribuciones: “como figura combativa el cibernético ha tenido una corta vida” (2019a: 292), “puede convertirse rápidamente en algo banal, confortable y *mainstream*” (2019a: 293). Sus más recientes prácticas escriturales, están cargadas de nuevos “bichos” que son también elementos visuales y táctiles desde los cuales y con los cuales pensar (arañas, pulpos, corales, microbios, lémures, etc.) y de adjetivaciones no sólo inusuales en el lenguaje académico sino incluso exuberantes para la literatura. Además, encuentro un sistema de pensamiento ajustado a los desafíos de su época, con sus propias categorías, como la de Chthuluceno: ese tiempo no tan “nuevo” como “renovado” para pensar acerca de las posibilidades de continuidad de la vida y la muerte en la tierra, alternativo al Antropoceno y Capitaloceno como tiempos de exterminio. Aun así, insistiré –como ella misma insiste en destacar– en que en dicho libro su autodenominado “pensamiento tentacular” está plagado de referencias a ideas y modos de articular pensamiento que “aprende” o “le son enseñadas” por otros que han sido la materia desde la cual concebir y reflexionar sobre nuevos problemas. El libro constituye un ejemplo acerca de cómo honrar los conceptos de otros conceptualizando con ellos otros conceptos, acerca de cómo celebrar la escritura de otros escribiendo con ellos otros escritos, inventando figuras y prestándolas mutuamente para los campos del saber más diverso. Mediante el tráfico interdisciplinar de conceptos y el contagio de los métodos, Haraway, con sus voces polifónicas y sus visiones visionarias, nos provee de imágenes y narraciones ejemplares para

⁶ Haraway (2019a: 290) precisa: “El manifiesto [para *Cyborgs*] reunía un compendio de conocimientos que son el resultado de estudios en literatura, biología y ciencias de la información, de numerosos viajes y de una costosa y privilegiada educación. Fue un artículo escrito en circunstancias muy afortunadas, y las técnicas de lectura que demanda de sus lectores son muy exigentes”. Si bien la autora admite que buena parte de sus lectorxs han tenido también esos privilegios, también reconoce que el uso de la ironía presupone técnicas de lectura excepcionales y a menudo privadas, que dan espacio a equívocos y distancias que dificultan la mutua comprensión.

concebir prácticas de pensamiento y escritura en común, acompañadxs, *cumpanis*. Nos extiende, así, el hilo que también emerge en sus textos, esperando en nosotrxs “la respuesta a la confianza de la mano tendida: pensar debemos.” (2019: 65). Vaya modo de enseñar a citar; no apelar a la autoridad: hacerse de buenxs compañerxs de quienes tomar y a quienes pasarles, para que continúen escribiéndolos, los maravillosos enredos del pensamiento.

Feminismos posthumanos

En mi caso, estudio los imaginarios corporales contemporáneos surgidos en los cruces entre artes visuales, ciencia y tecnología en la Argentina contemporánea. Aquí no me detendré en ellos, aunque remitiré más adelante a algunos ejemplos de análisis. Sí advertiré ahora que son los denominados saberes posthumanos y los feminismos a ellos asociados el marco teórico desde el que me acerco a tales intersecciones, y el cuerpo de pensamiento que me anuda a sus filamentos sensibles.

Sabemos bien que los feminismos (a la par del posestructuralismo, el pensamiento descolonial y otras áreas de saber con las que suele enlazarse) han aportado críticas radicales a las nociones abstractas de identidad, a esos modelos ontológicos fijos y universalizantes de occidente que también normalizan cánones corporales profundamente andróginos, blancos y heterosexuales, en los que “sus otrxs” (mujeres, negrxs, indígenas, lesbianas, transexuales, etc.) quedan comprendidxs en esquemas de relaciones binarias marcadas por una visión esencialista, jerárquica y peyorativa de la diferencia.

Por su parte, los saberes posthumanos surgen en el momento en que, debido al desarrollo de los procesos de intervención tecno-científica sobre lo viviente que vuelven demasiado imprecisas las distinciones humano-máquina e interespecie, los debates entre humanismo y antihumanismo iniciados en los años sesenta se apaciguan (Braidotti, 2015). Francesca Ferrando (2019) ha señalado que el posthumanismo ha pasado a constituir una categoría general que engloba diversas perspectivas. Las mismas incluirían el “giro posthumano” realizado en el campo de la crítica literaria y cultural de fines de los noventa por parte de autoras como Katherine

Hayles (1999) o en el estudio de la tecnología realizado por autoras como Donna Haraway (1995), cuyos aportes permitieron considerar los procesos de corporeización involucrados en las nuevas tecnologías y dismantelar el dualismo entre lo físico y no físico, y entre lo humano y lo maquínico. En el escenario teórico posthumano se ubicarían también los denominados “nuevos materialismos”, término acuñado por Rossi Braidotti y Manuel DeLanda a mediados de los noventa (Dolphijn and Tuin, 2012) para referir a lo que, de acuerdo a Coole & Frost (2012), sin dejar de constituir un campo heterogéneo reúne perspectivas que redescubren las herencias de los materialismos tradicionales (marxista y spinoziano, principalmente) empujándolos a aplicaciones novedosas y experimentales que ponen un énfasis procesos de producción material que resultan autoconstructivos, a la vez que investidos y reconfigurados por intervenciones intersubjetivas que tienen su propia materialidad. Por su parte, si bien no constituyen perspectivas vinculadas al feminismo, el realismo especulativo y la ontología orientada a objetos desarrollada por autores como Quentin Meillassoux (2015), Graham Harman (2015) o Timothy Morton (2019), también formarían parte de las epistemologías poshumanas, por su rechazo categórico a la idea Kantiana de que sólo es cognoscible lo que está correlacionado con el pensamiento y por su visión de los objetos como cosas autónomas e independientes, a las que se les reconoce la capacidad de ser más allá del acceso humano e incluso de forma distinta de la que son, en tanto su realidad no se agota en ningún contacto y sus cualidades tienen estructuras cambiantes y paradójicas.

Más allá de las grandes distinciones existentes entre estas y otras áreas de pensamiento posthumano, cuyas complejidades me es imposible reponer en este espacio, en general comparten el hecho de que ponen en jaque el antropocentrismo (la antropolatría humanista), la visión de la vida centrada en el individuo, y en algunos casos el privilegio de lo vivo sobre lo inerte, generando así una reorganización del mapa ontológico de la modernidad en pos de una horizontalidad radical y siempre situada que descentra al sujeto tradicional de conocimiento.⁷

⁷ Tanto Braidotti como Ferrando suelen establecer una clara demarcación del posthumanismo respecto del transhumanismo, cuyo sistema de ideas y programa de acción queda sintetizado en la Declaración Transhumanista redactada en 1998 y readaptada para su adopción por el consejo

En este sentido, la inflexión teórica posthumana, atravesada por la crítica al edificio conceptual humanista y situada ante la evidencia de la condición fundamentalmente híbrida de nuestro presente tecnocientíficamente mediado, es el ámbito en el que se rechaza el pensamiento dualista para pensar la realidad bajo la idea del *continuum*, como complejos ensamblajes “naturoculturales” (Latour, 2012; Haraway, 1995). Si la epistemología feminista estudia la producción y validación del conocimiento científico “abordando la manera en que el género influye en las concepciones del conocimiento, en la persona que conoce y en las prácticas de investigar, preguntar y justificar (Blázquez Graf, 2012: 22), la epistemología posthumana converge con aquella ante la posibilidad de extender la visión crítica a todos los sistemas de ordenación peyorativa de la diferencia. Si el ideal abstracto de lo humano estuvo ideológicamente involucrado con el orden masculino, blanco y heterosexual, el posthumanismo se trata de un punto de encuentro para todxs lxs que quedaron fuera o fueron devaluados en las narraciones modernas: sexualizadxs, racializadxs, naturalizadxs. Así, el campo del feminismo posthumano que acoge a autoras como Donna Haraway⁸, plantea al pensamiento el desafío de proveernos de mejores modos de sorprendernos, relacionarnos y confundirnos con lxs otrxs no-humanos, incluidos los animales no-humanos, las máquinas, los vegetales, los minerales, etc., con lxs que lxs feministas también podemos generar devenires, acompañamientos, contagios, desplazamientos y asociaciones estratégicas.

Tomemos el ejemplo de la serie *Retratos* (2010-actualidad) de Luciana Paoletti.⁹ La artista, que también es biotecnóloga, se sirve en sus producciones de material

de editores de Humanity+ en marzo de 2009. El transhumanismo aspira a corregir, optimizar y perfeccionar al humano mediante la intervención científico-tecnológica. En tanto no ha recibido el influjo del anti-humanismo posestructuralista, ni reconoce los aportes feministas y antiracistas, el transhumanismo arrastra consigo una visión neutral de la tecnología y un concepto abstracto, no problematizado, acerca de “lo humano” que pretenden a mejorar.

⁸ Con el tiempo, Donna Haraway ha expresado su incomodidad con la expresión “posthumanismo”, todavía demasiado centrada en el humano como núcleo de referencia conceptual. En su último libro, sostiene con su gracia característica: “Mi compañero Rusten Hogness sugirió *compost* en lugar de *posthuman(ismo)*, así como *humusidades* en lugar de *humanidades*, y me zambullí en esa pila de gusano” (Haraway, 2019: 62). Más allá de estas observaciones que también comparto, seguiré utilizando el término para dar cuenta de una ubicación en las áreas de saber contemporáneo en torno a problemáticas específicas que reúnen a aquellxs con quienes diálogo.

⁹ Me he extendido en este caso de estudio en: Martin, Nadia (2020).

vivo y la aplicación de instrumentos y saberes de la biología. Para generar esta serie, captura hongos y bacterias en los cuerpos de sus seres queridos y, luego de cultivarlos hasta que crezcan a una escala perceptible para el ojo humano, fija el instante en una toma fotográfica. Lejos de aplicar para el análisis las perspectivas canónicas en bioarte, que suelen interesarse en proyectos artísticos con altos niveles de intervención biotecnológica, como el cultivo de tejidos o las recodificaciones genéticas y la transgénesis, me interesó seleccionar esta producción y pensarla mediante el concepto de simpóiesis que Donna Haraway (2019) retoma de los desarrollos en biología efectuados por Beth Dempster y Scott Gibert;. La noción, lejos de centrarse en la capacidad autoorganizativa de las entidades individuales, enfatiza en las dinámicas y-productivas, co-generativas de los ensamblajes simbióticos desplegados mutuamente, en devenires-con. La tradición retratística siempre reforzó el isomorfismo entre el retrato y el cuerpo del retratado bajo el imperativo de expresar su realidad interior, su individualidad; esta serie, en cambio, señala una dimensión vital del cuerpo que se desarrolla fuera de la escala humana. Esas imágenes abstractas y coloridas, refieren al “modelo vivo” del retratado, pero lejos de seguir una voluntad representativa, es la lógica del contacto físico y de la agencia material del microorganismo la que genera el orden visual que remitirá a aquel cuerpo. Así, éste no aparece como el presupuesto del retrato sino, más bien, como un territorio de relaciones simpoiéticas a descubrir.¹⁰ Así pues, incluso sin la exigencia de aplicar una perspectiva de género, desde estas órbitas aún es posible practicar una “ciencia feminista” que, tan lejos de buscar una verdad trascendental y universal como del absurdo al que arroja el mero relativismo, pretenda escribir una “versión fidedigna” de casos de estudio particulares, específicos, reales, localizados, es decir, producir una “objetividad encarnada” (Haraway, 1995:

¹⁰ Adriana Guzmán (2010) propuso una interesante perspectiva para estudiar el cuerpo en las imágenes pictóricas, que integra la fenomenología, las ciencias cognitivas y la semiótica. Sin embargo, al concebir el orden representativo como un espacio fuertemente modelado por la expresividad humana de lx artistx, los cánones estéticos y las “fórmulas” que codifican los gestos de los cuerpos, estos últimos parecieran presupuestos. Como se observa en Paoletti y como veremos en el ejemplo que daré más adelante, en los cruces del arte con la ciencia y la tecnología es posible ensayar otra forma de encuentro con la imagen del cuerpo y el cuerpo de la imagen que otorgue prioridad a la imprevisibilidad de la agencia material y a nuevas formas visuales que desajusten las iconografías corporales tradicionales.

321). Quienes estudiamos los diversos aspectos de las relaciones entre cuerpo e imagen o, aún más, los complejos ajustes y desajustes entre imagen del cuerpo (el orden representacional de lo corporal) y cuerpo de la imagen (el orden material de lo visual), sabemos que ni la imagen ni el cuerpo, así como ningún objeto “del mundo”, son realidades existentes en sí y presupuestas que nuestro análisis meramente descubriría o desentrañaría. Judith Butler (2012: 31-32) se explayó en torno a la idea que sostiene que “(...) no hay ninguna referencia a un cuerpo puro que no sea al mismo tiempo una formación adicional de ese cuerpo. En ese sentido, no se niega la capacidad lingüística para referirse a los cuerpos sexuados, pero se altera la significación misma de ‘referencialidad’. En términos filosóficos, la proposición asertórica es siempre, hasta cierto punto, performativa”.

Aun así, como Rossi Braidotti (2015: 13) también señala, si bien “En las políticas progresistas, los métodos del constructivismo social sostienen los intentos de desnaturalizar las diferencias sociales y demostrar, así, su estructura contingente e históricamente determinada por el hombre”, también sucede que “esta aproximación, que se sitúa en la oposición binaria entre lo dado y lo construido, está siendo actualmente sustituida por la teoría no dualista de la interacción entre naturaleza y cultura”. Según propone la autora, la agenda posthumanista trasciende aquellos dualismos aún inherentes al constructivismo social, planteando nuevos interrogantes tanto acerca del tipo de análisis político como del tipo de política progresista que se puede sostener desde el *continuum* naturaleza-cultura.

Entonces bien: ni objeto preexistente ni objeto construido, todo objeto de estudio –aun, el cuerpo y su imagen– se articula en *un* encuentro entre el *corpus* de análisis y cuerpo del escrito; entre imagen y texto, entre cuerpo y pensamiento. Se trata de un encuentro que propongo consumir en los términos estilísticos de una exploración táctil.¹¹ Mi propuesta constituye una óptica, es decir, una política vi-

¹¹ En *Ciencia, Cyborgs y Mujeres*, Haraway reivindica un sentido muy discutido en el feminismo por sus cristalizaciones patriarcales: la visión. Ella sostiene: “Yo busco una escritura feminista del cuerpo que, metafóricamente, acentúe de nuevo la visión, pues necesitamos reclamar ese sentido para encontrar nuestro camino a través de todos los trucos visualizadores y de los poderes de las ciencias y de las tecnologías modernas que han transformado los debates sobre la objetividad. Necesitamos aprender en nuestros cuerpos, provistos de color primate y visión estereoscópica, cómo ligar el objetivo a nuestros escáneres políticos y teóricos para nombrar dónde estamos y

sual para objetivar una porción del mundo: en mi caso, las formas específicas en las que se modulan las relaciones entre el cuerpo artefactual de la imagen y el imaginario del cuerpo. Sin embargo, no deja de ser una propuesta para pensar en general; una propuesta de *estilo* feminista para dar forma (académica) al encuentro entre *corpus* de análisis y *corpus* teórico, en el cuerpo del escrito.

Pensamiento táctil

Desde hace tiempo que es posible rastrear, en las prácticas del pensamiento, una inclinación por el tacto. Walter Benjamin (1989a, 1989b, 2005) percibió casi medio siglo atrás, que la multitud, la fábrica, el diseño arquitectónico de la ciudad y el cine entrenaron a la percepción moderna en la vivencia (y no en la experiencia), generando un *sensorium* basado en la dispersión (y no en la concentración contemplativa) y en el *shock*, en el choque, en la cualidad táctil como principio formal. Desde él es posible reconocer una filiación teórica, no del tipo paternalista, sino del estilo de los “parentescos raros” y las prácticas del compañerismo por los que aboga Haraway (1999). De este parentesco raro en torno a lo táctil participa, también, Didi-Huberman, en su experimentación del tacto como modo de abordar la visualidad. El autor señaló –sirviéndose de las cavilaciones literarias de James Joyce– que la mirada misma consiste en una experiencia táctil que, en su límite, encuentra al cuerpo:

La visión se topa siempre con el ineluctable volumen de los cuerpos humanos. *In bodies*, escribe Joyce, sugiriendo ya que los cuerpos, esos objetos primeros de todo conocimiento y de toda visibilidad, son cosas para tocar, acariciar, obstáculos contra los cuales ‘golpearse su sesera’ (by knocking his sponce against them); pero también cosas de las que salir y a las que entrar, volúmenes dota-

dónde no, en dimensiones de espacio mental y físico que difícilmente sabemos cómo nombrar.” (1995: 326). Ahora bien, su visión es cacofónica, productora de resonancias, generadora de voces visiónicas, coral; quiero decir: sonora. Me interesa, en este juego sinestésico, ampliar el *sensorium* teórico-metodológico sobre la visualidad al tacto, un sentido que, según entiendo, atraviesa –sin ser del todo explicitado– el pensamiento “tectacular” que la autora desarrolla en *Seguir con el problema* (1999).

dos de vacíos, de bolsillos o de receptáculos orgánicos, bocas, sexos, tal vez el ojo mismo. Y he aquí que surge la obsesionante pregunta: cuando vemos lo que está frente a nosotros, ¿por qué siempre nos mira algo que es otra cosa y que impone un *en*, un adentro? ‘¿Por qué en?’, se pregunta Joyce. (Didi-Huberman, 2010: 14)

Esta sensibilidad táctil –ejercida como espaciamiento y como pliegue en los contactos entre imagen y texto que la escribe, entre cuerpo y pensamiento– parece el gesto analítico que, incluso para el estudio de las imágenes, exige de una escritura afectada, curiosa, sorprendida en el encuentro con el *corpus*.

Convoco entonces a otro buen compañero (los varones cis, aquí, no están exentos *per se* de participar de las prácticas del compañerismo), Jean Luc Nancy, quien propone: “Que se escriba, no *del* cuerpo, sino el cuerpo mismo” (2003: 13). ¿Y cómo hacerlo? Poniéndolo fuera del texto, en su borde externo; vale decir: excribiéndolo. Produciendo, en la escritura, un trazo en cuyo extremo ocurra un tocar. En sus palabras, la escritura es un “tocar el cuerpo (o más bien, tal o cual cuerpo singular) *con lo incorporal* del ‘sinsentido’. (...) *hacer que lo incorporal conmueva tocando de cerca*, o hacer del *sentido* un toque” (2003: 13-14). En otras palabras, el sentido producido en el pensar consiste en un tocar que proviene de una exterioridad no pensable. Al pensar –quiero decir, no al reproducir el sentido ya instituido, sino al tensar el sentido en su aspecto instituyente¹²– se toca una exterioridad no pensada, se explora un límite de nuestras condiciones históricas y culturales de sentir, en una afección extrañada que se apropia de un sentido, de una sensación afectiva. En esta misma línea –aunque inspirada en el tomo III de los cursos de Deleuze sobre Foucault– en el epílogo del libro *El cultivo de los Gestos* de André Haudricourt, Marie Bardet insiste:

Pensar es un gesto, el gesto del afuera que se pliega y fuerza un pensamiento. (...) Pensar es estar siendo plegado por una línea del afuera –que puede ser

¹² Por cuestiones de extensión no podré precisar las nociones de instituido, instituyente e imaginario; vale mencionar, aún así, que las considero como se presentan en el pensamiento de Cornelius Castoriadis (1975).

lo muy adentro; no hay distancia geométrica, es pura topología– y es plegar(se) de cierta manera, en una relación entre pensamiento y afuera que es fundamentalmente recíproca. (2020: 91-92).

Me interesa destacar este último término: la reciprocidad. En su célebre *Nunca Fuimos Modernos*, Bruno Latour propone la noción de traducción o de red como concepto “Más flexible que la noción de sistema, más histórica que la de estructura, más empírica que la de complejidad (...)” (2012: 18). Con el fin de evitar las estrategias de “purificación” del pensamiento y la realidad que tuvo la ciencia moderna (a saber: la naturalización, la sociologización, la deconstrucción y el olvido del ser), la traducción permitiría pensar las mediaciones, los ensamblajes, las negociaciones, combinaciones y compromisos que ocurren entre actores y actantes; vale decir, representar la condición híbrida de los “cuasi-objetos” y “cuasi-sujetos” que proliferan durante el avance tecno-científico de la modernidad y que fueron compulsivamente omitidos o negados porque el mismo aparato teórico-metodológico impedía concebirlos y representarlos. En este esquema de pensamiento, la noción de simetría no sólo serviría como principio para estudiar la cultura occidental con la misma forma integral u holística en la que la antropología ha estudiado las culturas premodernas (hecho que, como nativa Argentina con un proyecto de trabajo afectado por los aportes pensamiento descolonial, no me interpela particularmente), sino también –y aquí encuentro su mayor aporte– como estructura de relación entre el sujeto y el objeto del conocimiento. Si bien las ideas de simetría y de traducción/red consisten en un valioso paso hacia la consideración de las agencias de los actores no-humanos (animales, máquinas, materia), me parecen aún demasiado ancladas en cierto etnocentrismo cibernético/informático/lingüístico del proyecto occidental. La idea de reciprocidad, entiendo, tiene una potencia política y afectiva más radical para la producción de objetividad situada.

Por cuestiones de espacio, aquí sólo tendré la oportunidad de referir a un ejemplo más de análisis: a una obra de arte robótico que modula imaginarios del cuerpo alternativos al modelo hegemónico del humanoide hiperinteligente.¹³ *TZ'IJK* (2013/

¹³ Me he extendido en el análisis de tres obras de arte robótico bajo estos parámetros en una ponencia titulada “Cuerpo y robótica: más acá de las herencias humanistas. Reflexiones situadas

4) de Paula Gaetano-Adi con la colaboración de Gustavo Cremlin, consiste en una esfera con un diámetro aproximado de 1,20 metros, confeccionada con una estructura de quincha y acrílico, recubierto de barro. La pieza carece de un procesador central y, en cambio, posee un motor que provoca un comportamiento puramente somático, el temblor. Critica, así, el predominio de la mente sobre el cuerpo extendida a la división *software-hardward* y rompe el espejo robótico del ideal humano como individuo racional autocentrado. Además, con la introducción de la textura rústica y opaca del barro, emerge en el campo eminentemente blanco y metálico de la robótica, una materialidad oscura que remite a esos cuerpos que pueblan Latinoamérica. Lejos del paradigma *high-tech* que reservarían para este robot un carácter precario y marginal respecto de los cánones globales en arte robótico, he optado por marcos teóricos que resultan heterodoxos al campo, pero cuyo “toque” moviliza un estremecimiento ante la especificidad estética, matérica y conceptual de este cuerpo. Así, he pensado el ensamblaje entre saberes e imaginarios locales y globales, entre materialidades tecnológicas y naturales, desde la idea de lo *Ch'ixi* de Silvia Rivera Cusicanqui (2015). Asimismo, con la figura de la mestiza de Gloria Anzaldúa (2018 [1987]), he indagado en la complejidad fronteriza de este cuerpo robótico que tanto en términos epistémicos como ontológicos provoca un salto de códigos y un choque entre paradigmas, exponiendo en el centro mismo de la escena artística, las fronteras que la atraviesan.

Así, entonces, deseo tratar en mis escritos al cuerpo de obras, al *corpus* que estudio: con reciprocidad, avanzando como con los ojos cerrados, tanteándolas, descubriéndolas en su especificidad con una mirada que se experimenta táctilmente y que se despliega como un tejido o una caricia que las envuelve escrituralmente, en el toque de sus pliegues cuyas líneas se convierten ellas mismas en los trazos de mi escritura. Un cuerpo, el teórico, sale al encuentro de otro cuerpo, el de análisis, que se espacia, se abre, dispuesto a su devenir-con la escritura en otra modulación de sí: la del pensar que lo toca.

en nuestro arte tecnológico contemporáneo”, que expuse en el V Congreso de Estudios Poscoloniales y VII Jornadas de Feminismo Poscolonial de 2020 y permanece inédita. Una versión revisada y ampliada de tales desarrollos está próxima a publicarse en Revista *ÑAWI: arte.diseño.comunicación* V/2, de julio de 2021.

Cuerpos (de análisis y analíticos) que importan: el género (académico) en disputa

Si la mirada que piensa a la imagen encuentra en su extremo al cuerpo que toca, ¿qué encuentro se puede producir en una contemporaneidad en la que, como efecto de aquellas críticas a los modelos identitarios y los cuerpos a ellos asociados ya aludidas, parecieran caer los antiguos principios de realidad (es decir, aquella imagen del mundo objetivo al cual el pensamiento, herramientas teóricas y metodológicas mediante, accedería para “descubrir” y “conocer”)? ¿A qué cuerpo, a qué dimensión material del mundo, explorar con el toque del pensamiento? ¿Dónde encontrarlo? ¿Cómo reconocerlo? Según plantea Haraway:

Los cuerpos como objetos de conocimiento son nudos generativos semiótico-materiales. Sus fronteras se materializan en la interacción social entre humanos y no-humanos, incluidas las máquinas y otros instrumentos que median los intercambios en interfaces cruciales y que funcionan como delegados de las funciones y propósitos de otros actores. (...) Los ‘objetos’, al igual que los cuerpos, no preexisten como tales. (...) La localización/observación de tales entidades no supone un descubrimiento desapasionado, sino que implica una estructuración mutua y normalmente desigual, correr riesgos, delegar competencias (1999: 124).

En la escritura, el *corpus* teórico y el *corpus* de análisis, la imagen del cuerpo y el cuerpo de la imagen, entran en una dinámica de arreglos y ajustes mutuos y provisorios. En términos de Nancy (2013) lo sentido y lo sintiente entran en un punto de compenetración, en una aproximación en la que adviene una identidad en el sentir. O, en otros términos: el cuerpo/imagen y el pensamiento se ven implicadas en un punto donde se produce una sensación, una afectación, un roce, un estremecimiento: la escritura. Así, en el pensamiento táctil, el cuerpo no se reconoce, no se identifica, ni se descubre (porque no se presupone): se explora y se modula.

Las feministas (especialistas en generar figuraciones que motorizan el pensamiento) sabemos que el *estilo* en el que pensamos y escribimos, y lxs compañerxs de quienes nos servimos para dialogar, aportan tono, textura, espesor, al encuentro

con el “objeto”. Porque pensar, no es meramente un acto cognitivo; sobre todo, implica el afecto, la aficción, el estremecimiento del roce con lxs otrx. El marco teórico es, en este sentido, una modulación del tocar, un modo del con-tacto que estimula el *corpus*, que hace valer *una* sensibilidad. Y la escritura (como piel, como interfaz del con-tacto en la que se consume un modo de la aproximación entre un pensamiento y un *corpus*) es un modo de darse de los cuerpos y sus relaciones.

En este punto, quisiera introducir –a modo ilustrativo– una serie de frases que recogí en el espacio público y cautivaron mi atención en función de la propuesta de este texto¹⁴. Los afiches (firmados por la voz tan anónima como colectiva de “la conspiración de la jardinera”), que aún permanecen en las calles del barrio de San Telmo, inquirían: “¿Qué voces cultivás en tus citas textuales?”, “¿Con qué calenturas se pudren tus marcos teóricos?”, “¿Cuán rápido desaparecen las mujeres y lesbianas de tus referencias?”, “¿Cuáles son los enamoramientos que habitan tu jardín conceptual?”, “¿A quién desterrarás en tu escritura con tu monogamia teórica?”. También quisiera remitir a la Colectiva Materia (un trío de filósofas abocadas a los feminismos posthumanos contemporáneos, de vertiente materialista) que tanto en las intervenciones grupales como individuales viene practicando estos modos de la escritura, de los enredos en los intercambios, de los pensamientos desjerarquizados: el compañerismo. La sincronicidad de estos sentires, desde ya, es en parte atribuible a la cuarta ola feminista que se extiende, no sólo en la Argentina, dentro y fuera de la academia, que nos aúna y nos atraviesa. Esta afectación es colectiva.

En esta misma línea, consciente de que el marco teórico es el momento político de toda práctica de pensamiento, Haraway (2019: 77) insiste: “La pregunta de con quién pensar es inmensamente material”; *nos merecemos* mejores compañerxs, debemos procurarnos buenxs compañerxs. La autora (1995: 332) llamó “ojo de Dios” o “truco divino” a aquella operatoria mediante la que la ciencia habla con autoridad acerca de todxs y de todo desde ninguna ubicación concreta en la sociedad, como si poseyera el lenguaje más transparente, con los nombres correctos de las cosas. Contra la “visión desde ninguna parte”, propone que “ocupar un lugar implica responsabilidad en nuestras prácticas” (1995: 333). Asimismo, ante tales

¹⁴ Las imágenes fueron incluidas en las referencias finales.

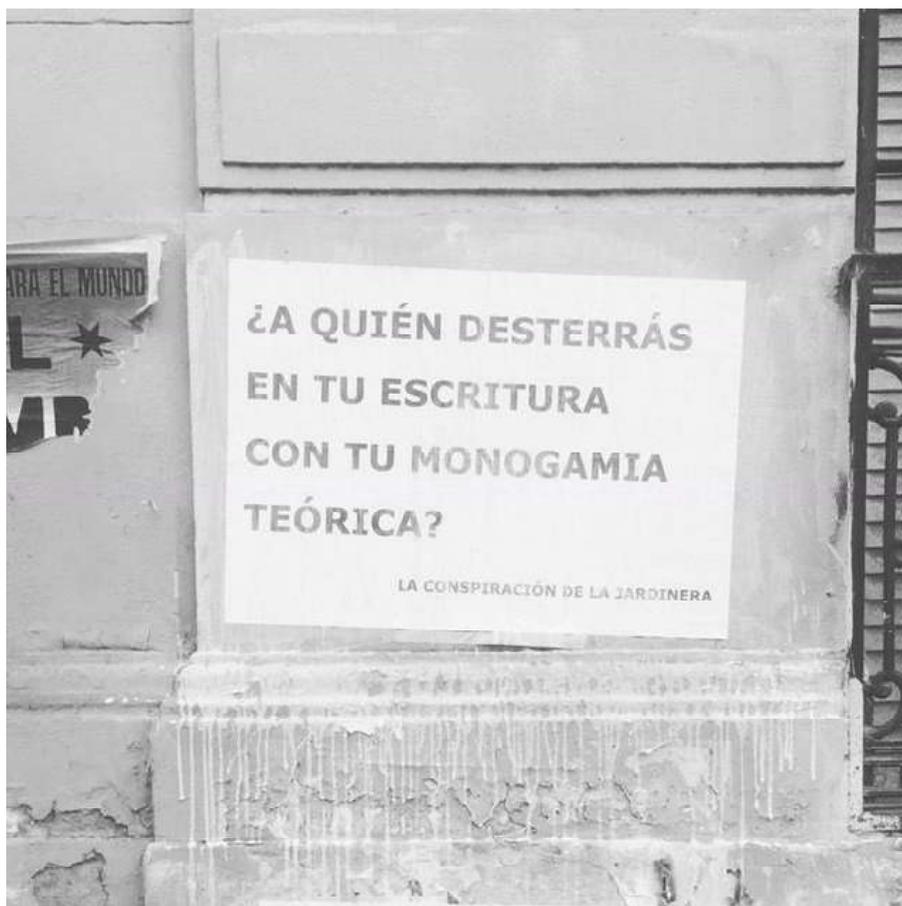
narraciones que “producen, se apropia y ordena todas las diferencias” (1995: 332), nos propone rebelarnos: tomar las ideas compañeras, los aportes de confianza, generar alianzas estratégicas, parentescos raros. Ella repite: “pensar debemos”. Y agregó: escribir debemos, y sosteniendo *un estilo* y no otro; quiero decir: no reproduciendo esquemas, sino generando, en cada escrito, un encuentro fortuito, una modulación del sentir el *corpus* por parte del pensamiento. Vuelvo entonces a Jean-Luc Nancy (2013: 21), quien señala:

(...) el tocar responde al más extendido de los tabúes. (...) si bien ya no tiene casi nada de ostensiblemente sagrado, no deja por ello de vigilar con celoso cuidado todas las condiciones, permisos y modalidades del contacto de los cuerpos. Sabemos muy exactamente hasta dónde hay permiso para tocar, aunque sea sólo de la mano de otro, por no decir el resto del cuerpo, y hasta dónde y cómo es lícito abrazar, apretar, acariciar.

Por eso, la escritura feminista es una apuesta por disputar el género (académico) y sus modos normalizados del contacto entre el *corpus* y el pensamiento. Mientras los mecanismos disciplinares formatean el tocar el pensamiento, normalizan los saberes y trazan los límites de lo pensable y lo escribible, imponiendo tabúes tanto al ingreso como al encuentro de los cuerpos (teóricos y analíticos), el *toque* del pensamiento y la escritura feminista, produce otras formas de aproximación, otras relaciones de conocimiento. Esta propuesta de pensamiento táctil es, así, una empresa tan política como estética, que implica reconocer otros cuerpos teóricos y practicar otros modos de escritura, otras estilizaciones del cuerpo escritural. Si, como sostiene Judith Butler (2007: 98): “El género es la estilización repetida de un cuerpo, una sucesión de acciones repetidas –dentro de un marco regulador muy estricto– (...)”, también al género académico (y sus estilos literarios) debemos disputarlo. Allí ponemos en juego nuestras prácticas corporales (los roces, siempre singulares, del cuerpo del escrito y el *corpus* de análisis). Escribir debemos. A nuestro modo. En la búsqueda del estilo escritural, en el “toque” de las figuras e imágenes de las que nos servimos, en nuestra forma de *performar* el género (la literatura académica), también debemos vindicar la soberanía sobre nuestros cuerpos (teóricos y de estudio).

Referencias de imágenes





Referencias Bibliográficas

- Bardet, Marie (2020). “Hacer mundo con gestos”. *El cultivo de los Gestos. Entre plantas, animales y humanos*. André Haudricourt. Buenos Aires: Ed. Cactus, pp. 81-111.
- Benjamin, Walter (1989a). “Experiencia y pobreza”. *Discursos interrumpidos, I. Filosofía del arte y de la historia*. 1933. Buenos Aires: Taurus, pp. 165-173.
- (1989b). “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”. *Discursos Interrumpidos, I. Filosofía del arte y de la historia*. 1936. Buenos Aires: Taurus, pp. 15-57.
- (2005). *Libro de los Pasajes*. 1983. Madrid: Akal.
- Blazquez Graf, Norma (2012). “Epistemología feminista: temas centrales”. *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*. Blazquez Graf, Norma, Fátima Flores Palacios y Maribel Ríos Everardo coords. México: UNAM.
- Braidotti, Rossi (2015). *Lo posthumano*. Barcelona: Gedisa.
- (2018). “Post-Animalism”. Comunicación presentada en *Dictionary of Now #12*, Haus der Kulturen der Welt (HKW) 100 Years of Now, Berlín, 24 de mayo. <https://www.youtube.com/watch?v=T7pU5nHuPx8> [consulta 10 de marzo de 2021].
- Butler, Judith (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. 1990. Barcelona: Paidós.
- (2012). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. 1993. Buenos Aires: Paidós.
- Cooles, Diana y Samantha Frost (2010). “Introducing the New Materialisms”. *New Materialisms. Ontology, Agency, and Politics*. Durham-Londres: Duke University Press, pp. 1-43.
- Castoriadis, Cornelius (1993). *La institución imaginaria de la sociedad, tomos 1 y 2*. 1975. Buenos Aires: Tusquets Editoriales.
- Didi-Huberman, Georges (2010). *Lo que vemos, lo que nos mira*. 1992. Buenos Aires: Manantial.
- Dolphijn, Rick y Iris van der Tuin (2012). *New Materialism: Interviews & Cartographies*. University of Michigan Library: Open Humanities Press https://www.openhumanitiespress.org/books/download/Dolphijn-van-der-Tuin_2013_New-Materialism.pdf [consulta 8 de marzo de 2021].
- Ferrando, Francesca (2019). *Philosophical Posthumanism*. New York: Bloomsbury Academic.
- Guzmán, Adriana (2010). “Reflexiones encarnadas: cuerpos que se piensan a sí mismos” [en línea]. *Revista deSignis* 16, pp. 22-32 <www.designisfels.net/publicaciones/revistas/16.pdf> [consulta 27 de mayo de 2021].

- Cuerpo(s): sexos, sentidos, semiosis, 2010, Buenos Aires, La Crujía Ediciones. (p. 22-32).
- Martin, Nadia (2020). “Retratos cultivados. Visiones (microorgánicas y simpoiéticas) del cuerpo en la obra de Luciana Paoletti” [en línea]. Revista *INDEX* 10, pp. 126-126. <<https://doi.org/10.26807/cav.vi10.382>> [consulta 1 de marzo de 2021].
- Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborg y mujeres. La reinención de la naturaleza*. 1991. Valencia: Cátedra.
- (2019). “Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles”. *Política y Sociedad*, 30, pp. 121-164. <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO9999130121A/24872> [consulta 10 de marzo de 2021].
- (2017). *Manifiesto de las especies de compañía. Perros, gentes y otredades significativas*. 2003. Córdoba: Sans Soleil Ediciones.
- (2019a). *La promesa de los monstruos. Ensayos sobre ciencia, naturaleza y otros inadaptables*. Salamanca: Holobionte.
- (2019b). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. 2016. Bilbao: Consonni.
- Harding, Sandra (2012). “¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el Punto de vista feminista”. *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*. Blazquez Graf, Norma, Fátima Flores Palacios y Maribel Ríos Everardo coords. México: UNAM.
- Harman, Graham (2015). *Hacia el realismo especulativo. Ensayos y conferencias*. 2010. Buenos Aires: Caja Negra.
- Hayles, Katherine (1999). *How we became posthuman. Virtual bodies in cybernetics, literature and informatics*. Chicago & Londond: The University of Chicago Press.
- Latour, Bruno (2012). *Nunca fuimos modernos: ensayo de antropología simétrica*. 1991. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Martin, Nadia (2020). “Retratos cultivados. Visiones (microorgánicas y simpoiéticas) del cuerpo en la obra de Luciana Paoletti” [en línea]. Revista *INDEX* 10, pp. 126-126. <<https://doi.org/10.26807/cav.vi10.382>> [consulta 1 de marzo de 2021].
- Morton, Timothy (2019). *Humanidad. Solidaridad con los no-humanos*. 2017. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Meillassoux, Quentin (2015). *Después de la finitud. Ensayo sobre la necesidad de la contingencia*. Buenos Aires: Caja negra.
- Nancy, Jean-Luc (2003). *Corpus*. 1992. Madrid: Arena.
- (2013). “Del tacto (tocar/mover, afectar, remover/excitar)”. *Archivada. Del sintiente y del sentido*. Buenos Aires: Ed. Quadrata, pp. 11-23.
- Stengers, Isabelle (2020). *Cómo pensar juntos. Dos conferencias sobre ciencia, política y desastre*. Santiago de Chile: Saposcat.